

LAMENTACIONES

Introducción

Autor y época. El año 586 a.C. sucede lo que parecía imposible: la ciudad inexpugnable y el Templo inviolable desde el que irradiaba la protección de Dios (Sal 46,6s; Sal 48,4-9; Sal 72,2-4) han caído en manos de los enemigos. Jeremías fue el único que vio venir la catástrofe, la anunció y por ello pagó con la cárcel. Ahora, los hechos le han dado la razón. Se trata del segundo asedio, con sus consecuencias de hambre, sed, matanzas, incendios, saqueos, y después, el destierro forzado.

Estos acontecimientos que dan pie a las Lamentaciones se narran en el Segundo libro de los Reyes y en Jeremías 39 y 52, y se transforman en una visión en Ezequiel (Ez 9). «Lamentaciones» o «Trenos de Jeremías» es el título tradicional de estas de cinco elegías o cantos fúnebres por la caída de Jerusalén.

La atribución del escrito a Jeremías –de donde procede nuestro vocablo «jeremiada»– sirve para dar autoridad a la obra, pero no parece probable que sea él el autor. Uno o varios poetas anónimos hacen del suceso el tema de sus canciones. Se diría que han vivido los acontecimientos y que escriben después de la catástrofe. Puede ser que estos cantos se hayan recitado o cantado en celebraciones comunitarias de duelo por la ciudad.

Género literario. La elegía permite gran libertad de desarrollo: puede hablar un cantor y responder el coro de los que asisten; puede tomar la palabra el personaje protagonista, Jerusalén, hablando de sus sentimientos y experiencias. A través del cantor o de Jerusalén podemos escuchar también voces enemigas o de espectadores externos. Cabe la descripción de rasgos sueltos, la transposición imaginativa, los lamentos, las súplicas, las preguntas desconcertadas, la exhortación; todo ello suministra riqueza y variedad de materiales.

Mensaje de las Lamentaciones. Es tiempo de duelo para Israel por la ciudad amada, Jerusalén; por el Templo, bello como novia y como esposa (Ez 24,21). Es también tiempo de quejas por el dolor de los inocentes (2,12). ¿Queja de quién? ¿Del enemigo que se excede o de Dios que lo dispone o permite? (3,37). El poeta de la tercera elegía reprime la queja para ahondar en la reflexión (3,40). El abismo del dolor llama al abismo del pecado con voz de elegía, y el abismo del pecado confesado llama al abismo de la misericordia (3,21s). En estos cantos de dolor alienta la esperanza, brilla un rescoldo viejo que el poeta invoca mesurado (5,21).

Las Lamentaciones, por la grandeza del dolor (2,13) y por la intensidad de su expresión, nos conducen hasta ese límite de nuestra experiencia humana en que nos sentimos pequeños frente a la grandeza del sufrimiento, lo inmenso de la crueldad humana y la amenaza del odio en nosotros. Desde lo hondo del llanto levantamos los ojos y el corazón (3,41) buscando algo más grande que el dolor y el odio: 5,19; 3,23; 3,32.

1^a

- A** ¹¡Qué solitaria está la ciudad populosa!
Se ha quedado viuda la primera de las naciones;
la princesa de las provincias, está sometida a trabajos forzados.
- B** ²Pasa la noche llorando, le corren las lágrimas por las mejillas.
No hay nadie entre sus amigos que la consuele;
todos sus aliados la han traicionado, se han vuelto sus enemigos.
- G** ³Judá marchó al destierro, humillada y esclava;
hoy habita entre gentiles, sin encontrar reposo;
los que la perseguían le dieron alcance y la cercaron.
- D** ⁴Los caminos de Sión están de luto, porque nadie acude a las fiestas;
sus puertas están en ruinas, gimen sus sacerdotes,
sus doncellas están desoladas, y ella misma llena de amargura.
- H** ⁵Sus enemigos la han vencido, han triunfado sus adversarios,
porque el Señor la ha castigado por su continua rebeldía;
aun sus niños marcharon al destierro delante del enemigo.
- W** ⁶La ciudad de Sión ha perdido toda su hermosura;
sus nobles, como ciervos que no encuentran pasto,
caminaban sin fuerzas, empujados por la espalda.
- Z** ⁷Jerusalén recuerda los días tristes y turbulentos,
cuando caía su pueblo en manos enemigas y nadie lo socorría,
y al verla, sus enemigos se reían de su desgracia.
- H** ⁸Jerusalén ha pecado gravemente y ha quedado manchada;
los que antes la honraban, la desprecian viéndola desnuda,
y ella entre gemidos se vuelve de espaldas.
- T** ⁹Hasta en sus vestidos aparece su impureza, ella no pensó en el futuro.
¡Qué caída tan terrible!: no hay quien la consuele.
Mira, Señor, mi miseria y el triunfo de mi enemigo.
- Y** ¹⁰El enemigo ha echado mano a todos sus tesoros;
ella ha visto a los gentiles entrar en el santuario,
aunque tú habías prohibido que entraran en tu asamblea.
- K** ¹¹Todo el pueblo, entre gemidos, anda buscando pan;
ofrecían sus tesoros para comer y recobrar las fuerzas.
Mira, Señor, fíjate cómo estoy humillada.
- L** ¹²Ustedes, los que pasan por el camino, miren, vean:
¿Hay dolor como mi dolor? ¡Cómo me han maltratado!
El Señor me ha castigado el día del incendio de su ira.
- M** ¹³Desde el cielo ha lanzado un fuego
que se me ha metido en los huesos;
ha tendido una red a mis pasos y me ha hecho retroceder,
me ha dejado apenada y sufriendo todo el día.
- N** ¹⁴El Señor hizo un yugo con mis culpas y lo ató con su mano,
me lo echó al cuello y dobló mis fuerzas,
me ha entregado en unas manos que no me dejan levantarme.
- S** ¹⁵El Señor ha hecho desaparecer a mis capitanes que me defendían;

^a **1,1-22 Primera lamentación.** En esta primera lamentación todo gira en torno al sentimiento de dolor que ha provocado la caída de Jerusalén. Primero es el poeta quien habla en tercera persona (1-11); luego Jerusalén, bajo la forma de una viuda solitaria y despojada, entona su canto de dolor en primera persona (12-22), imagen frecuente en el Antiguo Testamento para hablar de la relación de Dios con su pueblo (Os 2,4.7).

El autor da a su poema un tono de uniforme y monótono lamento, como quien tiene grabado en su mente no sólo el horror que está contemplado sino también la causa que lo ha provocado: los pecados de la ciudad han desencadenado el castigo de Dios a manos de los enemigos de su pueblo.

Ha llegado «el día del Señor», el anunciado «día del incendio de su ira» contra los pecados del pueblo, pero también de exterminio contra las naciones, expresión que cristalizará posteriormente en el día del juicio final (cfr. Am 5,18; Jl 3,4).

- convocó contra mí una asamblea para destrozarme a mis soldados;
 el Señor pisó como a uvas en el lagar a la doncella, capital de Judá.
- 16 Por eso estoy llorando, mis ojos se deshacen en llanto;
 no tengo cerca quien me consuele, quien me reanime;
 mis hijos están apenados ante la victoria del enemigo.
- 17 Sión extiende las manos, pero nadie la consuela.
 El Señor mandó a los pueblos vecinos que atacaran a Jacob;
 Jerusalén quedó en medio de ellos como basura.
- 18 Pero el Señor es justo, porque me rebelé contra su palabra.
 Pueblos todos, escuchen y miren mis heridas:
 mis doncellas y mis jóvenes han marchado al destierro.
- 19 Llamé a mis amantes, pero me han traicionado.
 Mis sacerdotes y ancianos murieron en la ciudad,
 mientras buscaban alimento para recobrar las fuerzas.
- 20 Mira, Señor, mis angustias y la amargura de mis entrañas.
 El corazón se me revuelve dentro de tanta amargura;
 en la calle la espada me deja sin hijos; en casa, reina la muerte.
- 21 Escuchen cómo gimo, sin nadie que me consuele.
 El enemigo se alegró de mi desgracia, que tú mismo ejecutaste;
 ¡haz que llegue el día anunciado, para que corran la misma suerte que yo!
- 22 Lleguen a tu presencia sus maldades y trátalos a ellos
 como me trataste a mí, por mis rebeliones:
 porque se multiplican mis gemidos y desfallece mi corazón.

2^b

- A 1—¡Ay, el Señor con su enojo ha cubierto de sombras a la capital, Sión!
 Desde el cielo arrojó por tierra la gloria de Israel,
 y el día de su ira se olvidó del estrado de sus pies.
- B 2 El Señor destruyó sin compasión todas las moradas de Jacob,
 con su indignación demolió las fortalezas de Judá,
 derribó por tierra, deshonrados, al rey y a los príncipes.
- G 3 Encendido en ira quebró el vigor de Israel;
 al llegar el enemigo, nos retiró el apoyo,
 y prendieron las llamas en Jacob, consumiendo todo alrededor.
- D 4 Como un enemigo, tendió el arco, afirmó la mano derecha
 y dio muerte, enemistado, a los jóvenes más apuestos,
 y en las tiendas de Sión derramó como fuego su furor.
- H 5 El Señor se portó como enemigo, destruyendo a Israel:
 derribó todos sus palacios, arrasó sus fortalezas,
 y en la capital de Judá multiplicó duelos y lamentos.
- W 6 Como un ladrón, destruyó la tienda, arrasó el lugar de la asamblea,
 el Señor hizo olvidar en Sión sábados y fiestas,
 indignado y furioso rechazó al rey y al sacerdote.
- Z 7 El Señor rechazó su propio altar, dejó de lado su santuario,
 entregó en manos enemigas los muros de sus palacios;

^b **2,1-22 Segunda lamentación.** La presentación de esta segunda lamentación es semejante a la primera: cada estrofa comienza por una de las letras hebreas. El contexto, sin embargo, ha cambiado; parece ser que el Templo de Jerusalén ha sido ya destruido por los babilonios (587 a.C.). El autor, hablando esta vez en primera persona, contempla la situación con ojos de profeta. Si bien describe el dolor presente en que está sumido el pueblo (10-16) como lo hace en la primera lamentación, su mirada apunta ya claramente al futuro.

El tema de la justicia de Dios domina todo el capítulo. Si su justicia puede causar la muerte, ciertamente puede devolver la vida (cfr. Sal 31,6; Lc 23,46). El mismo Señor que permitió el desastre (1-9), es el único salvador (17-22) que puede liberar, de nuevo, a su pueblo.

- y gritaban en el templo del Señor, como en día de fiesta.
- H** ⁸El Señor determinó arrasar las murallas de Sión:
tomó las medidas y no retiró la mano que derribaba;
muros y fortificaciones se lamentaban al desmoronarse juntos.
- T** ⁹Hundió en la tierra las puertas, rompió los cerrojos.
Rey y príncipes estaban entre los gentiles. No había ley.
Y los profetas ya no recibían visiones del Señor.
- Y** ¹⁰Los ancianos de Sión se sientan en el suelo silenciosos,
se echan polvo en la cabeza y se visten de sayal;
las doncellas de Jerusalén dejan caer hasta el suelo la cabeza.
- K** ¹¹Se consumen en lágrimas mis ojos, de amargura mis entrañas,
se derrama por tierra mi hiel, por la ruina de la capital de mi pueblo,
muchachos y niños de pecho desfallecen por las calles de la ciudad.
- L** ¹²Preguntaban a sus madres: ¿dónde hay pan y vino?,
mientras desfallecían, como los heridos, por las calles de la ciudad,
mientras espiraban en brazos de sus madres.
- M** ¹³¿Quién se te iguala, quién se te asemeja, ciudad de Jerusalén?,
¿a quién te compararé, para consolarte, Sión, la doncella?
Inmensa como el mar es tu desgracia: ¿quién podrá sanarte?
- M** ¹⁴Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas;
y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte,
sino que te anunciaban visiones falsas y seductoras.
- S** ¹⁵Los que van por el camino se frotan las manos al verte,
silban y mueven la cabeza contra la ciudad de Jerusalén:
¿Es ésta la ciudad más hermosa, la alegría de toda la tierra?
- P** ¹⁶Todos tus enemigos se burlaron de ti a carcajadas,
silbaron y rechinaron los dientes diciendo:
La hemos arrasado; éste es el día que esperábamos:
lo hemos conseguido y lo estamos viendo.
- V** ¹⁷El Señor ha realizado su designio, ha cumplido la palabra
que había pronunciado hace tiempo: ha destruido sin compasión;
ha encumbrado el poder del adversario,
ha dado al enemigo el gozo de la victoria.
- S** ¹⁸Grita con toda el alma al Señor; laméntate, Sión,
derrama ríos de lágrimas, de día y de noche,
no te concedas reposo, no descansen tus ojos.
- Q** ¹⁹Levántate y grita de noche, al relevo de la guardia,
derrama como agua tu corazón en presencia del Señor,
levanta hacia él las manos, por la vida de tus niños
desfallecidos de hambre en las esquinas.
- R** ²⁰Mira, Señor, fíjate: ¿a quién has tratado así?
¿Cuándo las mujeres se han comido a sus hijos, a sus hijos tiernos?
¿Cuándo han asesinado en el templo del Señor a sacerdotes y profetas?
- S** ²¹En las calles están tendidos por el suelo muchachos y ancianos,
mis jóvenes y mis doncellas cayeron a filo de espada;
el día de tu ira diste muerte, mataste sin compasión.
- T** ²²Convocaste, como para una fiesta, terrores que me cercan:
el día de tu ira nadie pudo salvarse ni escapar.
A los que yo crié y alimenté los aniquiló el enemigo.

3^c

- A** ¹Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo el látigo de su cólera,
²porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz;
³todo el día está volviendo su mano contra mí.
- B** ⁴Me ha consumido la piel y la carne y me ha roto los huesos;
⁵en torno mío ha levantado un cerco de veneno y amargura
⁶y me ha encerrado en las tinieblas, como a los muertos en el pasado.
- G** ⁷Me ha tapiado sin salida cargándome de cadenas;
⁸por más que grito: «Socorro», se hace sordo a mi súplica;
⁹me ha cerrado el paso con una muralla, y ha entorpecido mis senderos.
- D** ¹⁰Me está acechando como un oso o como un león escondido;
¹¹me ha cerrado el camino para despedazarme y me ha dejado inmóvil;
¹²tensa el arco y me hace blanco de sus flechas.
- H** ¹³Me ha clavado en las entrañas las flechas que llevaba:
¹⁴la gente se burla de mí, me dedican refranes burlones todo el día;
¹⁵me ha saciado de amargura, me ha dado a beber ajeno.
- W** ¹⁶Mis dientes rechinan mordiendo piedras, y me revuelco en el polvo;
¹⁷me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha;
¹⁸me digo: Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor.
- Z** ¹⁹Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena;
²⁰no hago más que pensar en ello, y estoy abatido.
²¹Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza:
- H** ²²que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión;
²³antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad!
²⁴Y me digo: «El Señor es mi herencia», y espero en él.
- T** ²⁵El Señor es bueno para los que esperan en él y lo buscan;
²⁶es bueno esperar en silencio la salvación del Señor;
²⁷le irá bien al hombre si es dócil desde joven.
- Y** ²⁸Que se esté solo y callado cuando la desgracia descarga sobre él;
²⁹que se humille hasta besar el suelo, quizá quede esperanza;
³⁰que ofrezca su mejilla al que lo golpea y lo llenen de ofensas.
- K** ³¹Porque el Señor no rechaza para siempre;
³²aunque aflige, se compadece con gran misericordia,
³³porque no goza castigando o apenando a los hombres.
- L** ³⁴Aplastar bajo los pies a todos los prisioneros de la tierra,
³⁵negar su derecho al pobre, en presencia del Altísimo,
³⁶extorsionar a alguien en un juicio: eso no lo aprueba el Señor.
- M** ³⁷¿Quién mandó que sucediera algo si no fue el Señor?,
³⁸¿no es el Señor quien dispone que suceda el bien y el mal?,
³⁹¿por qué se ha de quejar de su desgracia el hombre mientras vive?
- N** ⁴⁰—Examinemos y revisemos nuestra conducta y volvamos al Señor,
⁴¹levantemos con las manos el corazón al Dios del cielo:
⁴²nosotros nos hemos rebelado pecando, y tú no nos has perdonado;
- S** ⁴³envuelto en tu enojo nos has perseguido y matado sin piedad,

^c **3,1-66 Tercera lamentación.** La tercera lamentación es un acróstico perfecto, pues si en las anteriores cada estrofa comenzaba por una de las letras del alfabeto hebreo, aquí además, cada letra se repite en las tres líneas de cada versículo —en toda la Biblia esto sólo ocurre otra vez, en Sal 119—. La composición puede estructurarse del siguiente modo: la experiencia individual del dolor (1-20), esperanza en la misericordia de Dios (21-39) y súplica individual y colectiva (40-66). El tema central de la tercera lamentación sigue siendo el mismo: Dios es quien castiga con justicia los pecados, pero también es el único que puede salvar.

El hecho de que esta lamentación esté redactada casi toda ella en primera persona del singular ha multiplicado las opiniones de los investigadores al respecto: ¿Habla el profeta Jeremías? ¿Sión personificada? ¿El rey Joaquín o Sedecías? Sea quien sea, es la persona concreta quien mejor y más profundamente expresa el dolor y la súplica, el reconocimiento de sus pecados y su esperanza en la misericordia divina, su propio ser y su pertenencia a un pueblo.

- 44^t te has envuelto en nubes para que no te alcancen las plegarias;
 45ⁿ os has hecho el desprecio y basura de las gentes.
- P 46^Todos nuestros enemigos se ríen de nosotros;
 47ⁿ os asaltan terrores y espantos, desgracias y fracasos,
 48^lloramos arroyos de lágrimas por la ruina de la capital.
- 49^Mis ojos lloran sin cesar y sin descanso,
 50^hasta que el Señor desde el cielo se asome y me vea;
 51^me duelen los ojos de llorar por las jóvenes de la ciudad.
- S 52^Los que me odian sin razón me han dado caza, como a un pájaro;
 53^me han echado vivo al pozo y me han arrojado piedras;
 54^se cierran las aguas sobre mi cabeza, y pienso: Estoy perdido.
- Q 55^Invoqué tu Nombre, Señor, de lo profundo de la fosa:
 56^oye mi voz, no cierres el oído a mis gritos de auxilio;
 57^tú te acercaste cuando te llamé y me dijiste: «No temas».
- R 58^Te encargaste de defender mi causa y de salvar mi vida,
 59^has visto que padezco injusticia, juzga mi causa;
 60^has visto la venganza que tramán contra mí;
- S 61^has oído, Señor, cómo me insultan y tramán mi desgracia,
 62^lo que dicen y piensan contra mí continuamente;
 63^vigila todos sus movimientos: soy el objeto de sus burlas.
- T 64^Tú les pagarás, Señor, como merecen sus obras,
 65^les darás una mente cerrada y los maldecirás;
 66^los perseguirás con ira hasta aniquilarlos bajo el cielo, Señor.

4^d

- A 1^Se ha vuelto pálido el oro, el oro más puro,
 las piedras sagradas están tiradas en todas las esquinas;
- B 2^los nobles vecinos de Sión, que valían su peso en oro,
 son tratados como cacharros de barro, labor de alfarero.
- G 3^Hasta los chacales dan las ubres para amamantar sus crías;
 en cambio, la capital fue despiadada como el avestruz del desierto.
- D 4^De pura sed, a las criaturas se les pega la lengua al paladar;
 los niños piden pan y nadie se lo da;
- H 5^los que comían manjares exquisitos, desfallecen en la calle;
 los que se criaron entre púrpura, se revuelcan en la basura.
- W 6^La culpa de la capital era más grave que el pecado de Sodoma,
 que fue arrasada en un momento sin manos humanas.
- Z 7^Sus nobles eran más limpios que la nieve,
 más blancos que la leche;
 eran más rojos que corales, con venas como zafiros,
- H 8^ahora están más negros que hollín, no se les reconoce en la calle,
 sobre los huesos se les arruga la piel, reseca como leña.

^d **4,1-22 Cuarta lamentación.** La forma de esta cuarta lamentación es similar a la de las precedentes, aunque cada uno de los versos tiene sólo dos líneas. El contenido contrasta, en cierto modo, con el de los anteriores, pues aunque el punto de vista es el mismo —el poeta refiere los horrores como si los sufriera personalmente—, se presta menos atención a la causa de la catástrofe y se termina, cosa que no ocurre anteriormente, con una imprecación contra Edom y una bendición a Sión.

El final irónico y amenazador de esta cuarta lamentación puede provocar cierto escándalo en el creyente de hoy. ¿Qué decir de estos sentimientos de venganza? Aunque esta reacción sea comprensible, tanto en el caso de nuestro poeta como en nuestras reacciones ante la opresión y la injusticia que tantos y tantas sufren hoy día, este texto bíblico nos ayuda a comprender que el dolor tiene también una dimensión violenta de la que es necesario apartarse. Así nos lo enseñó Jesús.

- T ⁹ ¡Más dichosos los que murieron a espada que los muertos de hambre!
 Aquéllos, apuñalados, se desangraron;
 éstos, por falta de alimento.
- Y ¹⁰ Las manos de mujeres delicadas cuecen a sus propios hijos
 y se los comen mientras se derrumba la capital de mi pueblo.
- K ¹¹ El Señor sació su cólera y derramó el incendio de su ira,
 prendió un fuego en Sión que devora hasta los cimientos.
- L ¹² No creían los reyes del mundo ni los habitantes del orbe
 que el enemigo lograría entrar por las puertas de Jerusalén.
- M ¹³ Por los pecados de sus profetas y los crímenes de sus sacerdotes,
 que derramaron en medio de ella sangre inocente.
- N ¹⁴ Vagaban como ciegos por las calles, manchados de sangre:
 nadie podía tocar sus vestidos.
- S ¹⁵ ¡Apártense –gritaban–, estoy impuro; apártense, no me toquen!
 Iban como prófugos o fugitivos que ya no reciben asilo.
- P ¹⁶ El Señor mismo los ha dispersado y ya no se ocupa de ellos:
 no hay respeto para los sacerdotes,
 no hay compasión para los ancianos.
- V ¹⁷ Nuestros ojos se consumen esperando socorro en vano:
 aguardamos vigilantes a un pueblo impotente.
- S ¹⁸ No podíamos andar por la calle, porque vigilaban nuestros pasos;
 se acercaba nuestro fin, el término de nuestros días.
- Q ¹⁹ Los que nos perseguían eran más veloces que las águilas del cielo,
 nos acosaban por los montes y nos vigilaban en el desierto.
- R ²⁰ Al ungido del Señor, al que era nuestro aliento,
 lo cazaron en una trampa,
 a aquél de quien decíamos: «A su sombra
 viviremos entre los pueblos».
- S ²¹ ¡Goza y disfruta, capital de Edom, princesa de Us,
 que tú también tendrás que beber la copa:
 te embriagarás y te desnudarás!
- T ²² Está cumplida tu condena, Sión, no seguirás en el destierro;
 examinarán tu culpa, capital de Edom, y aparecerá tu pecado.

5^e

- ¹ Recuerda, Señor, lo que nos ha pasado;
 mira y fíjate en nuestras afrentas.
- ² Nuestra herencia ha pasado a los bárbaros;
 nuestras casas, a extranjeros;
- ³ Hemos quedado huérfanos de padre
 y nuestras madres han quedado viudas.
- ⁴ Tenemos que comprar el agua que bebemos

^e **5,1-22 Quinta lamentación.** La quinta y última lamentación es la composición que más se desgaja del grupo de las anteriores. Para algunos investigadores refleja la situación en la que quedó Israel tras la invasión babilónica (587 a.C.); es decir, sería posterior a las demás –algunas Biblias antiguas la titulan «Oración de Jeremías»–.

Estamos ante un típico ejemplo del género literario denominado «plegaria» –como Sal 44; 60; 74; 79; 80; 83–, con sus habituales características: uso del «nosotros», descripción del desastre e invocación a Dios. Se puede dividir en tres partes: situación de los supervivientes (1-18), invocación confiada a Dios (19-21) y lamento final (22).

¿Qué hacer cuando nos sale al encuentro el sufrimiento y la desgracia? A la reacción espontánea de culpar a Dios, de alejarnos de Él en un gesto de desprecio y desencanto, esta lamentación nos enseña otro camino, el de la plegaria y la oración. Es el momento de descubrir el sentido misterioso del dolor, el rostro del Dios verdadero, capaz de transformar nuestra desolación en camino de solidaridad y de esperanza.

y pagar la leña que nos llevamos.
⁵Nos empujan con un yugo al cuello,
nos fatigan sin darnos descanso.
⁶Hemos pactado con Egipto y Asiria
para saciarnos de pan.
⁷Nuestros padres pecaron, y ya no viven,
y nosotros cargamos con sus culpas.
⁸Unos esclavos nos han sometido
y nadie nos libra de su poder.
⁹Arriesgamos la vida por el pan,
porque la espada amenaza en descampado.
¹⁰Nuestra piel quema como un horno,
torturada por el hambre.
¹¹Violaron a las mujeres en Sión
y a las doncellas en los pueblos de Judá;
¹²con sus manos colgaron a los príncipes,
sin respetar a los ancianos;
¹³forzaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos sucumbían bajo cargas de leña.
¹⁴Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
los jóvenes ya no cantan;
¹⁵ha cesado el gozo del corazón,
las danzas se han vuelto duelo;
¹⁶se nos ha caído la corona de la cabeza:
¡ay de nosotros, que hemos pecado!
¹⁷Por eso está enfermo nuestro corazón
y se nos nublan los ojos,
¹⁸porque el monte Sión está desolado
y los zorros se pasean por él.
¹⁹Pero tú, Señor, eres rey por siempre,
tu trono dura de edad en edad.
²⁰¿Por qué te olvidas siempre de nosotros
y nos tienes abandonados por tanto tiempo?
²¹Señor, haznos volver hacia ti y volveremos,
renueva los tiempos pasados,
²²¿o es que ya nos has rechazado,
que tu enojo no tiene medida?